



Colegio Angélico. Roma, Salita del Grillo 1.

Muy reverendo Padre:

Le ruego excuse mi demora en contestarle, causada por un recargo de trabajo. Guardo un profundo recuerdo del querido y venerado P. Arintero, de santa memoria. Le conocí aquí en Roma, durante el primer año escolar del Colegio Angélico, 1909-1910, en donde él enseñaba De Ecclesia. Me admiraba su gran piedad y cuán unida estaba su alma a Dios durante la oración: entonces ya no estaba en este mundo. Muy rara vez he hallado un alma tan contemplativa, tan unida a Dios, tan abandonada en las pruebas de todas clases, que no le faltaron. Era, además, muy bueno, muy caritativo para todos y amigo de la pobreza y de los pobres.

Me dio el consejo de destinar una hora a la acción de gracias después de la celebración de la santa misa, como él mismo lo hacía, siguiendo el consejo de una religiosa de oración.

Me ayudó también a determinar el plan de un retiro para religiosas, que a menudo he predicado después. Me aconsejaba consagrar sermones especiales a la cruz, a la oración, a la docilidad al Espíritu Santo.

Leí en esta época su EVOLUCIÓN MÍSTICA, que tuvo en mí gran influencia y me aclaró importantes puntos, que traté de exponer en seguida según la doctrina de Santo Tomás. Por este título debo considerar al P. Arintero como un Maestro que mucho me enseñó.

Como él, yo siempre he enseñado que la contemplación infusa, procedente de la fe viva iluminada por los dones del Espíritu Santo, es la vía normal de la santidad.

En Francia la doctrina del P. Arintero fue bien acogida, en particular por “La Vie Spirituelle”, que desde 1919 frecuentemente se ha inspirado en ella. Una parte de las obras místicas del P. Arintero fue vertida al francés por el P. Paul Gonin, cura de Avoise, Sarthe; pero esta traducción no ha podido ser editada debido sobre todo a las dificultades económicas de las crisis actual.

Debo añadir que, cuando en la dirección de almas probadas, me encontré con casos extraordinarios, difíciles, me dirigí al P. Arintero pidiendo la ayuda de su consejo y de sus oraciones. También en esto me iluminó: le rogué que él mismo escribiera a un alma muy probada que yo ya no sabía cómo sostener; lo hizo con gran prudencia y

bondad, y esta alma, que le quedó muy agradecida, se encontró más fuerte para llevar su cruz hasta el fin.

Estos son, querido Padre, mis recuerdos. Agregaría para terminar que, lejos de pensar que el tiempo consagrado a la oración es perdido para el estudio, el P. Arintero creía, con Santo Tomás, que es sobre todo en la oración en donde aparecen, en toda su elevación y claridad, los principios superiores que iluminan tratados enteros de dogma y moral. La oración era para él el punto desde donde se goza de la más alta perspectiva espiritual. Este hombre, tan laborioso no sólo en principio, sino también en la práctica, ponía la oración encima del estudio, el ejercicio de las virtudes teologales, de la virtud de la religión y de los dones encima de la actividad natural del espíritu en el trabajo teológico. Y así nunca perdía un minuto: un largo viaje, por ejemplo, era para él ocasión de largas horas de oración, en la que veía mejor y desde más alto todo aquello que debía hacer. Era, verdaderamente un hombre de Dios en toda la fuerza de la palabra.

Le ruego acepte, mi reverendo Padre, todos mis deseos por el trabajo que ha emprendido a este respecto, coma expresión de mi religioso y fraternal afecto en Nuestro Señor y Santo Domingo.

FR. REG. GARRIGOU-LAGRANGE, O. P



Roma. Angélico, a 14 de mayo de 1951.

Muy reverendo Padre:

Me pregunta usted cuáles son mis recuerdos sobre el venerado P. Arintero, a quien tuve la gracia y el placer de conocer durante un año en Roma cuando la fundación del Angélico, de noviembre de 1909 a julio de 1910. Enseñó aquí el Tratado de la Iglesia, y tuve la ocasión de hablar frecuentemente con él de cuestiones espirituales, que eran para él las más interesantes.

Oyéndole hablar de estas cosas comprendí que era un alma de oración profunda; era entonces Maestro de novicios estudiantes, quienes decían de él que «cuando oraba, ya no estaba en este mundo, sino como absorbido en Dios».

Me explicó que, habiendo perdido en un viaje el manuscrito de uno de sus libros sobre la evolución de las especies animales, había renunciado a este género de estudios para consagrarse al estudio de la espiritualidad, que le era necesario para dirigir las almas adelantadas que la Providencia le enviaba.

Agregaba que una de esas almas le había hecho notar que, según el deseo del Señor, convenía, al parecer, que diera más tiempo a la oración y acción de gracias después de la misa, y que recibiría así la luz que el estudio no le podía ofrecer. Lo hizo desde luego, y guardó siempre la costumbre de emplear largo tiempo en la oración, lo que le permitía después guardar la unión actual con el Señor durante todo el día.

Tenía en el Angélico la reputación de excelente religioso: aceptaba muy humildemente los acontecimientos penosos, por ejemplo, el de su regreso a España después de un año de enseñanza en el Angélico, enseñanza que dejaba que desear a causa de cierto defecto de pronunciación.

Después le consulté por escrito sobre la dirección de almas que se dirigían a mí, y me dio mucha luz, y particularmente en lo que se refería a la M. Francisca de Jesús, muerta en 1932, fundadora de la Compañía de la Virgen en Petrópolis, Brasil. En la vida de esta religiosa, que escribí en 1936 (París, Desclée de Brouwer), se lee en la página 14: «En un período de gran obscuridad en 1927, aconsejamos a la M. Francisca escribir al P. Arintero, dominico, que ha escrito excelentes obras de Teología mística y que era experimentado en estos asuntos». Él le respondió: «Leí con atención su carta, y debo decirle que puede estar muy segura y tranquila. Todo lo que usted experimenta es la obra del amor, que la dispone a la consumación de las nupcias espirituales. Es menester experimentar ese vacío absoluto para poder llenarse de la plenitud de Dios. Y Dios sólo

puede consolar a quien sufre esta prueba... Es necesario configurarse con Jesucristo en su desamparo de Getsemaní y del Calvario para encontrar una nueva vida gloriosa en Él. Esto no es «el preludio de una muerte eterna», como usted teme, sino que es la verdadera muerte mística a todo y a sí misma y el preludio de la vida eterna. Ore por mí; yo la bendigo en nombre de Jesús. —Fr. Juan G. Arintero, O. P. Salamanca, 17 de julio de 1927».

Esta carta fue una verdadera ayuda en las pruebas de esta alma, y cuando más tarde, el 20 de febrero de 1928, el P. Arintero murió en olor de santidad en Salamanca, la M. Fundadora supo su muerte antes de que le fuera comunicada.

Debo añadir que el P. Arintero me escribió respecto de la devoción del Amor misericordioso, la que me ha parecido siempre muy verdadera y apta para hacer entrar a las almas en las profundidades del misterio de la redención.

Debo mucho a los libros del P. Arintero sobre la unidad de la vida espiritual, sobre la contemplación infusa, y he tratado de demostrar por los principios más ciertos de la teología que esta contemplación infusa, que procede de la fe viva iluminada por los dones de inteligencia, de ciencia y de sabiduría, está en la vía normal de la santidad.

No me ha sorprendido en absoluto que el santo P. Arintero haya concedido muchas gracias a las almas que se las piden.

Estos son, muy reverendo Padre, mis principales recuerdos. Pido al venerado P. Arintero que me ilumine y fortifique y ruego a usted acepte mi religioso afecto.

FR. REG. GARRIGOU-LAGRANGE, O. P.